

EDITORIAL

¿HABRÁ ÓPERA?

Hemos llegado ya a la última parte de nuestra temporada de conciertos sinfónicos y todos nos hacemos la pregunta tradicional con respecto a si las actividades musicales habrán de paralizarse para ceder su lugar a la temporada de ópera, sin la cual el calendario de la capital de la República parecería haber transcurrido por lo menos faltándole uno de los meses. Decimos que las actividades musicales habrán de paralizarse, porque el espectáculo de ópera, tal como se realiza en Santiago, tiene más que ver con la vida cívica, con la conmemoración de nuestra Independencia o con cualquiera otra cosa que con los hechos artísticos de la capital.

La ópera, se ha dicho tantas veces, representa una tradición: más de un siglo de actividad protegida y sostenida por el esfuerzo combinado del Gobierno, de la Municipalidad de Santiago y de los particulares. Este lapso de tiempo ha dejado una semilla de cosas buenas, conjuntamente con muchísimos reparos que podrían hacerse, en un sentido histórico, a las actividades líricas que monopolizaron por tantas décadas el esfuerzo musical y que nos mantuvieron al margen de todo el desarrollo de la música europea, excepto de la italiana, hasta que el despertar musical verdadero llegó junto con el arte contemporáneo.

Lo triste de este devenir histórico de la ópera en Chile es que, como institución, ha llegado a sobrevivirse. Hay en Santiago, y también a lo largo del país, personas dotadas de buena voz y de aptitudes, hay un público que paga por escuchar *Traviata* o *La Bohème* cada vez que se anuncian, pero falta una razón artística seria, falta esa generosidad privada que en otros tiempos hizo posible la realización de temporadas líricas que, en consonancia con el espíritu de 1900, han quedado como recuerdos gloriosos, como galerías de retratos de actrices italianas que enloquecieron a nuestra sociedad galante.

El problema de una temporada de ópera para que pudiera considerarse como un hecho musical, necesita de grandes capitales,

requiere mucho dinero y gastado con método, así como de organizaciones permanentes centradas en el Teatro Municipal, en la misma forma que las mantienen el Colón de Buenos Aires o los grandes teatros de los Estados Unidos.

Si el Gobierno no está dispuesto o no puede subvencionar con largueza el Teatro Municipal; si nuestros ediles no encuentran cómo hacer frente a estos espectáculos, si las gentes pudientes no desean echar la casa por la ventana para revivir las antiguas temporadas, ¿no sería más razonable renunciar definitivamente a espectáculos hechos por fuerza y enfocar de una vez el problema lírico con un criterio realista y honrado aprovechando las posibilidades nacionales?

Ante los meses que se aproximan nos preguntamos si hemos de seguir en este mismo punto y enfocar con la resignación de una fatalidad inevitable, la inevitable temporada de ópera organizada como siempre a última hora, sin dirección y desprovista de interés artístico y de valor cultural.

¿No hay cosas más urgentes en la vida musical chilena en que la Orquesta Sinfónica pudiera emplearse, desde que la ópera, mal organizada, significa un inmenso sacrificio para los ejecutantes y un escasísimo resultado musical?

Para el Instituto de Extensión Musical, el cumplimiento del contrato suscrito con el Teatro Municipal significa una pesada obligación, que debe cumplir con la evidencia de estar colaborando en una obra que no está al nivel de la seriedad de su trabajo.

La Orquesta Sinfónica, en vez de ir a las provincias, de dar una nueva temporada destinada a difusión popular, aprovechando la llegada de la Primavera, debe someterse a una pesadísima tanda de ensayos, de día y de noche, para presentar nuevamente *Aída*, *Rigoletto* o *Madame Butterfly*. La Escuela de Danza, que en tan excelente pie se ha demostrado este año, debe interrumpir la preparación de sus cursos para tomar parte en espectáculos que no están a su altura. ¿Para qué todo esto?

Las autoridades municipales y especialmente las del Teatro, sienten un compromiso público en que se haga una temporada de ópera. Sin esta temporada, la dignidad edilicia parecería haber descendido y nuestros regidores creen sentir un reproche hacia la fidelidad con que cumplen su mandato. Nosotros pediríamos que se varíe de camino, que se reconozca de una vez que no podemos sostener un teatro lírico en competencia con el de antaño, que dentro de la vida musical, la ópera representa un género respetable y que este género no puede ya ser abordado en una forma diferente de como lo han sido los conciertos sinfónicos, los de cámara o el ballet. Esto es, creando organizaciones, llamando a gente capaz para que las dirija y afrontando una etapa transitoria en que no vamos a tener espectáculos en profusión, pero, en cambio, los tendremos bien hechos y arraigados, no en la vanidad sino en una visión seria del arte lírico dramático. ¿No es eso preferible a la angustiada y obligatoria improvisación que todavía prevalece de las mismas obras de hace un siglo, mal presentadas y ligeramente remozadas por la

importación de algún nombre extranjero? La vida musical chilena ganaría y nuestros cantantes tendrían un trabajo honorable, junto con la oportunidad de familiarizarse con un nuevo repertorio. Todo lo demás es seguir un derrotero equivocado, es superficialidad y, en último término, falta de cultura, a la que ya nuestra madurez artística nos pide poner fin.